

Pilling, David. *El delirio del crecimiento* (Edición en español) (pp. 36-41). Penguin Random House Grupo Editorial España. Edición de Kindle.

Hay tres recetas para el PIB. Aunque cada una utiliza ingredientes distintos, en teoría los resultados deberían ser iguales. En la práctica, debido a la mareante sucesión de datos y conjeturas que implica cada método, con frecuencia salen bastante diferentes, lo que obliga a los autores de la contabilidad nacional a cotejar tres juegos de cifras para deshacerse de los valores atípicos con aspecto sospechoso.

Antes de abordar las tres recetas, empecemos con una definición. La Oficina Nacional de Estadística, cuyo lema es maravillosamente sucinto y por completo loable —«Mejores estadísticas, mejores decisiones»—, dice que el PIB es «el valor de los bienes y servicios producidos durante un periodo determinado». Una descripción que hace que parezca horriblemente simple y suscita la pregunta de por qué tardamos centenares de años en dar con él.

De las tres palabras del PIB, la primera es el «producto», que significa todo lo producido, sean bienes o servicios. Después, «interior» significa dentro del país. Eso lo hace distinto del producto nacional bruto, que incluye lo que se produce en las empresas de un territorio determinado, sea en el propio país o en el extranjero. En la era de las multinacionales, esta distinción es importante. Por último, «bruto» significa que es un número al que no se le ha restado nada.[45] Kuznets había considerado además un producto nacional neto, que habría eliminado varias cosas, entre ellas el deterioro de la maquinaria utilizada para producir bienes acabados.

Las tres recetas son conocidas como los métodos del gasto, el ingreso y la producción.[46] Miden lo que se gasta, lo que se gana y lo que se hace. Una economía debería producir solo lo que se compra (una vez se tienen en cuenta las importaciones y las exportaciones) y la gente gastar solo lo que gana. Esta es la razón por la que, en teoría, las tres medidas deberían ser iguales.

El método de la producción es la suma de lo producido por fábricas y granjeros, peluquerías y pastelerías. Calcular el valor de la producción no es sencillo, puesto que resulta fácil contar dos veces lo mismo. Tomemos el ejemplo de una panadería.[47] No puedes limitarte a sumar el valor de los donuts, las hogazas, los cruasanes y los donuts —¿he mencionado ya los donuts?— para lograr la cifra correcta. En esos bienes estarías contando cosas que ya has sumado antes, pues has contado la harina cuando calculabas la producción del molinero, y ya has contado el trigo con el que se hizo la harina cuando sumabas la producción de los productores de trigo.

De modo que cuando se trata de calcular la contribución del pan a una economía, en realidad estás intentando estimar lo que se conoce como «valor añadido», esto es, el valor adicional que ha sido creado en el proceso de convertir la harina —así como la mantequilla, la electricidad, la mano de obra y el alquiler— en una crujiente hogaza de pan de pueblo o en un pan integral de centeno alemán. Tienes que restar el valor de los bienes intermedios que participan en la

elaboración del producto acabado. La fórmula de producción es engañosamente simple: el valor de los bienes y servicios producidos durante un periodo determinado menos el valor de los bienes intermedios.

Después está el método del gasto, que calcula algo a lo que los economistas a veces se refieren como «demanda agregada». Es todo lo «gastado», bien por los hogares, bien por las empresas o por el Gobierno. Como estamos calculando el producto interior, tenemos que añadir las exportaciones, puesto que se han hecho en casa, y restar las importaciones, puesto que se han hecho en el extranjero. La fórmula de esta receta es: el gasto de los consumidores más el gasto y la inversión del Gobierno, más la inversión de las empresas, más las exportaciones, menos las importaciones. Quizá sea la más conocida del recetario de la economía.[48] La última receta, que se centra en los ingresos, mide todos los pertenecientes a una economía, principalmente los sueldos, beneficios, dividendos, rentas e impuestos. Cuando se trata de medir nuestra economía, somos lo que ganamos.

Como en Estados Unidos, en Europa y en muchos otros países, la mayoría de las cifras en las que se basa la ONS proceden de encuestas por muestreo. No representan una estimación completa de todas las transacciones realizadas en la economía. «No hay un ordenador en el cielo sumando los recibos —dice Umair Haque, un autor que ha criticado nuestras mediciones de la economía—. Es un sondeo muy tosco y por lo tanto no deberíamos considerarlo sacrosanto.»[49]

Por poner un ejemplo mundano, la ONS no puede tener constancia de cada vez que me paso por la tienda a comprar un paquete de galletas rellenas de higo o un desatascador para el baño. La información referente a lo primero procede de varias fuentes: de la empresa de galletas, que debería saber más o menos cuántos paquetes ha producido; de los supermercados y los tenderos, que deberían saber más o menos cuántos han vendido; y de los hogares, que deberían saber con exactitud lo deliciosas que son las galletas rellenas de higo. Pero la ONS no puede preguntar a todos los hogares del país cuántos paquetes de galletas rellenas de higo y desatascadores para baño compraron la semana pasada. («Ah, y ya que estamos, ¿acaso comprasteis algo más?») En su lugar, se basa en encuestas por muestreo. Una importante es la Encuesta sobre el coste de la vida y la alimentación. Un encuestador enviado por la ONS lleva a cabo una primera entrevista personal y después entrega un diario en el que cada persona de la familia, incluidos los niños, deja constancia de sus gastos durante al menos una semana. En Reino Unido, cada año, alrededor de cinco mil personas, de una población de sesenta y cinco millones, rellenan esos formularios.

Las empresas se muestrean de forma más intensiva. Cada mes la ONS manda cuarenta y cinco mil sondeos a compañías británicas de toda clase. Como hizo Kuznets, los estadísticos categorizan las empresas por sectores y subsectores, de tal modo que la información de uno pueda ampliarse hasta formar una imagen representativa del conjunto. Algo llamado «Clasificación Industrial Internacional Uniforme (Revisión 4)», que es una herramienta compilada por Naciones Unidas, sirve de guía. Si eres un poco empollón, esta puede resultar una

lectura fascinante. Sus más de doscientas noventa páginas clasifican cualquier empresa concebible, desde, por tomar dos ejemplos al azar, aquellas de «cruceiros de pesca» hasta otras de «fabricantes de maletas, bolsos y parecidos, talabartería y arreos». Cada categoría se subdivide luego en muchas secciones. Después los resultados se escalan para representar al sector completo. Podemos pensar en ello como una encuesta a pie de urna: no se pregunta a todo el mundo que sale del colegio electoral qué ha votado, pero se consigue una muestra suficiente para presentar una imagen razonablemente representativa.

La ONS también está intentando recoger información de lo que los estadísticos llaman «datos administrativos». Se trata de información que el Gobierno recopila para finalidades no estadísticas en la actividad cotidiana de administrar el país. Entre los ejemplos pueden estar los carnets de conducir, el registro de nacimientos o muertes, el despacho de aduanas, los historiales de impuestos, etcétera. Estos proporcionan valiosas muestras a los estadísticos, porque con frecuencia abarcan la totalidad de la población y contienen datos reales, al contrario que las estimaciones derivadas de sondeos. Para una agencia sin muchos recursos, los datos administrativos tienen otra ventaja: ya han sido recopilados y son gratis. En 2015, la ONS anunció planes para recolectar datos directamente de las declaraciones de IVA de la Agencia Tributaria. Estimaron que utilizar dicha información podría reducir a la mitad el número de sondeos que sería necesario realizar en el futuro.

Cuando empiezan a entrar los datos, comienza el trabajo estadístico. Las cifras que se utilizan en cada una de las tres fórmulas descritas antes son diferentes. Después se cotejan las tres estimaciones con algo denominado «tablas de origen y destino» que, en realidad, constituye una serie de matrices en las que se pueden comparar los distintos resultados.

Por último, hay que ajustar las cifras por estacionalidad y por inflación. No sirve de mucho informar de que las ventas de coches ascendieron de manera espectacular un mes si la gente siempre compra muchos vehículos en determinado momento del año. Es mejor retocar las cantidades para ajustarlas a factores estacionales. De otra manera, imaginemos los titulares en enero: «Desplome de las ventas de árboles de navidad. la economía bajo mínimos».

Aunque es más difícil tener en cuenta la inflación, esta resulta incluso más importante. El crecimiento normalmente se ajusta por inflación. Sería engañoso decir que la economía ha crecido un 15 por ciento si catorce puntos porcentuales de ese aumento se debieran a una subida de los precios. La gente está más interesada en la tasa de crecimiento «real». Los estadísticos o bien comparan los volúmenes de producción (en lugar del valor), o bien aplican un deflactor, que descuenta el efecto de la inflación.[50] Ahora lo único que tenemos que hacer es esperar a que Abramsky y Drew acaben de contabilizar todas esas drogas y prostitutas, y ¡listo!: aquí tienes tu PIB.

NOTAS:

[45] El producto interior neto deduciría el desgaste de la maquinaria que fabrica los bienes, algo conocido como «depreciación». Calcular la depreciación no es fácil y, en consecuencia, el producto interior bruto es la medida preferida.

[46] El método de producción a veces se denomina método output.

[47] Este ejemplo es utilizado por Ha-Joon Chang en *Economics. The User's Guide*, Bloomsbury Press, 2015, p. CCXII. [Hay trad. cast.: *Economía para el 99% de la población*, Debate, 2015.]

[48] Con frecuencia se representa así: $C + I + G + (X - M)$, donde C es el gasto de los hogares, I es la inversión empresarial, G es el gasto público, X las exportaciones de bienes y servicios y M las importaciones de bienes y servicios.

[49] Entrevista del autor con Umair Haque, Londres, junio de 2016.

[50] En el caso de deflación, que ahora es más frecuente, hacen lo mismo si caen los precios.